

La construcción narrativa del sujeto moderno

Una introducción pertinente

María Teresa Uribe de Hincapié
Profesora-investigadora
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

El sujeto de la modernidad tiene, como Jano, dos caras: una es el *homo economicus*, el individuo portador de mercancías para su intercambio en la esfera del mercado, sujeto pensado como la mónada básica de la urdimbre en la cual se soporta el quehacer de la economía capitalista; la otra cara es la del ciudadano, individuo poseedor de derechos y libertades, destinado a la acción pública y a la participación en los destinos colectivos, en cuyo conjunto (*el demos*) descansa la soberanía de la Nación y la legitimidad del Estado.

Ambas caras de Jano se corresponden con un orden social común: el sujeto de la economía moderna requiere del ciudadano y sus libertades individuales para su pleno desempeño en el mercado y el sujeto de la democracia demanda formas de relacionamiento social en la esfera privada, que, en buena parte, son inducidas por el mercado.

Este orden social en el cual cobran vida ciudadanos y portadores de mercancías, es el orden de la modernidad, cuyos ejes teóricos fundamentales se formularon a través de las teorías liberales ilustradas surgidas en Occidente a partir de los siglos XVII y XVIII y de los lenguajes políticos inspirados en ellas. Sin embargo, entre ciudadanos y portadores de mercancías, entre democracia y liberalismo, entre intereses privados y públicos se presentan

más tensiones y conflictos que coincidencias. De alguna manera, el orden universalista y abstracto del individualismo liberal ha sido cuestionado, desde sus inicios, por los nacionalismos y los socialismos y, más recientemente, desde el multiculturalismo y el comunitarismo; todos ellos ponen en tela de juicio los límites y las perspectivas liberales así como las conexiones lógicas entre las dos caras de Jano.

Esto quiere decir que, pese a poseer la misma raíz teórica e ideológica, ciudadanos y portadores de mercancías no han corrido con la misma suerte ni han transitado los mismos caminos. En ese campo de fuerzas contradictorias se produjeron bifurcaciones, diferenciaciones, ambivalencias y variaciones significativas en los conceptos, inducidas por el devenir de las teorías y los lenguajes, así como por los cambios en los contextos históricos particulares donde esos conceptos fueron utilizados.

Además, habría que resaltar que, tanto el orden de la modernidad como el sujeto individual que lo soporta, no son un resultado espontáneo de la naturaleza o de la historia, “no nacen, se hacen”; son producciones -inacabadas y en permanente transformación- de procesos discursivos, simbólicos y narrativos con capacidad para generar verdaderas mutaciones en las sociedades concretas, según lo afirma Fraçois- Xavier Guerra.

La emergencia en los escenarios sociales de las nociones y los lenguajes políticos sobre el ciudadano y el sujeto del mercado, contribuyen a trastocar los órdenes tradicionales, redefinen los referentes de la identidad colectiva, proveen nuevas formas de relacionamiento entre sujetos y colectivos, introducen otras maneras de ejercer la autoridad y el poder, establecen diferencias entre las esferas de lo público y lo privado, cambian espacios y territorios y difunden valores, actitudes, morales y formas culturales para la acción y el pensamiento en cuyo conjunto descansa lo que hemos dado en llamar modernidad.

Sin embargo, esas mutaciones en los órdenes sociales no se producen de la misma manera ni en los mismos tiempos y espacios históricos. Además, sus ritmos y sus alcances tienen que ver con las particularidades de las sociedades en las cuales tienen ocurrencia. Los tiempos largos de las mutaciones modernas en los países avanzados no se compadecen con los tiempos cortos, disruptivos y violentos de esas construcciones discursivo-simbólicas en países recientemente emancipados del control colonial. Y, de manera adicional, son distintos los retos, las dificultades y las oportunidades con que se cuenta en cada caso para poner en marcha, por sus

propios medios, al sujeto moderno: portador de mercancías en la esfera privada y portador del derecho a tener derechos en la esfera pública.

Cabría entonces preguntarse por aquellos intelectuales e ideólogos políticos, que, en los diferentes espacios nacionales, construyeron narrativamente el sujeto de la modernidad; por los lenguajes, los símbolos y las metáforas que utilizan; por las formas narrativas y argumentales que ponen en acción; por las estrategias pedagógicas y políticas mediante las cuales difunden esas nuevas imágenes y por la manera que inducen cambios de sentido y de significación en los órdenes tradicionales en los cuales tienen ocurrencia.

Estas preguntas guían el desarrollo de una línea de investigación en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y se enmarcan en el vasto y poco explorado campo donde confluyen la historia política y la historia de las ideas. Ambas corrientes han tenido algún desarrollo en la tradición historiográfica colombiana, pero, de todos modos, menor a lo que se requiere y de significación restringida si se las compara con los aportes investigativos sobre estos temas en otras naciones latinoamericanas; de ahí su importancia y novedad.

Esta línea de investigación indaga por el devenir del ciudadano y la Nación: los dos grandes pilares que soportan la modernidad política y lo hace desde el doble registro de la cultura y la historia, en el largo período que va desde la fundación de la República hasta el presente. En una primera etapa, se pretende establecer de qué manera se producen –en el contexto de la emancipación y de los primeros años de vida independiente– esas mutaciones modernas referidas al sujeto económico y al ciudadano, que no existían pero que constituían el referente para la acción política (entendida ésta como discurso y como práctica), para los grupos de opinión y/o partidos que se disputaban el dominio en la patria recién nacida. Los artículos que se presentan en esta sección especial de la revista hacen parte de esa línea de trabajo y corresponden al programa de “Jóvenes investigadores” que Colciencias y el Instituto de Estudios Políticos vienen llevando a cabo.

Los textos se enmarcan en el momento histórico en el que un grupo de intelectuales jóvenes, formados en las universidades republicanas bajo el modelo teórico-pedagógico del general Santander, se empeñaron en transformar el orden político establecido durante los años que siguieron a las guerras de Independencia; un orden que ellos denominaron “viejo liberalismo” y que confrontaron con nuevos lenguajes políticos, metáforas, símbolos e imaginarios, inspirados en el pensamiento filosófico y en

la economía política del viejo mundo, pero transformados a la luz de los debates con sus opositores y de las grandes dificultades devenidas de un orden premoderno que se negaba a morir.

Estos intelectuales, aglutinados en torno al “Liberalismo Radical”, y cuya influencia política se dejó sentir en Colombia desde 1848 hasta su derrota definitiva en 1886, se constituyeron en los actores principales de lo que la historiografía colombiana ha dado en llamar “las reformas del medio siglo”, y lograron formular quizá el único proyecto de modernidad política y de discurso ciudadano en el largo pero precario recorrido de nuestra frágil democracia.

En la prensa, en las tertulias intelectuales, en los salones de las academias, en los congresos y asambleas constituyentes; en los talleres de los artesanos y en las universidades; en los sitios públicos y en los recintos ocultos de las sociedades secretas, esos lenguajes modernos que hablaban del ciudadano y sus derechos, de la libertad, del progreso y la civilización, se fueron difundiendo y divulgando, a veces de manera pedagógica y simple para que sus razones fueran entendidas por el pueblo llano, a veces de manera retórica y grandilocuente cuando se debía sustentar un proyecto de ley o una nueva constitución y la mayoría de las veces, de manera agresiva, violenta y contestataria, cuando de debatir con los contradictores se trataba.

Este corpus ideológico y el lenguaje en el que fue expresado, convocó la necesidad de argumentar en contra y de diferenciar proyectos de régimen político, de Estado y de nación; de desenvolvimiento económico y estrategias productivas, debate en el cual se perfilaron los contenidos ideológicos de los partidos tradicionales y adquirieron forma esas nociones de democracia y progreso, difíciles de aprehender.

El sujeto moderno tuvo en esta república, como en todo Occidente, una construcción narrativa que no fue unidireccional. Los intelectuales orgánicos que la impulsaron se debatieron en una doble tensión: cómo adaptar los referentes filosóficos y teóricos del liberalismo individualista y de la economía política a una sociedad tradicional, pluricultural, regida por formas locales, diferenciadas y jerárquicas de organización social sin traicionar los ideales libertarios, laicos y universalistas que los guiaban; y lo más difícil, quizá, cómo compaginar los propósitos políticos del orden moderno con las demandas concretas del ejercicio del poder de Estado. Sin poder, el discurso moderno no sería más que una utopía y mantener el control sobre el poder institucional significaba transacciones y claudicaciones que convertían los ideales de la modernidad en una caricatura.

Esa doble tensión redefinió el discurso moderno y el relato ciudadano: los pluralizó; modificó las metáforas y los imaginarios; trastocó los símbolos; abandonó las pedagogías y cambió la manera de hacer y pensar la política. Así, la construcción narrativa del sujeto moderno se hizo más rizomática y contrastante, híbrida y mestiza pero, no por ello, inocua o irrelevante.

En Colombia, como en los países donde el orden moderno logró algún grado de consolidación, los lenguajes políticos sobre el ciudadano, la nación y el mercado produjeron mutaciones de honda significación y le abrieron el camino a otras realidades políticas, quizá deficitarias, inconclusas o frustradas si se las mira desde las nociones canónicas y teóricas o desde los modelos de países con democracias maduras, pero de gran importancia para trazar la cartografía de nuestro devenir político así como las posibilidades de construir democracia, ciudadanía y Estado soberano.